

Las emociones en el envejecimiento y el miedo ante la muerte

Paula Pochintesta.

El aspecto del mundo sólo nos es soportable cuando lo vemos a través del humo del fuego de pasiones agradables, unas veces oculto como un objeto de adivinación, otras empequeñecido y abreviado, otras indistinto, pero siempre ennoblecido. Sin nuestros afectos, el mundo es número y línea, ley y absurdo; en todo caso la paradoja más repulsiva y pretenciosa.

Friedrich Nietzsche, Tratados filosóficos.

Introducción

En el mundo actual el aumento de la población envejecida así como la extensión de la longevidad, producen una serie de nuevos fenómenos sociales, psicológicos y culturales que se vuelven ineludibles estudiar. En este sentido, el propósito de este artículo es indagar las emociones en el proceso de envejecimiento, y más específicamente las emociones vinculadas al proceso de morir en las personas mayores. Dos interrogantes estructuran el análisis: ¿Qué características tienen las emociones en las personas mayores? ¿Cuáles son las emociones que intervienen en el proceso de morir en los adultos mayores? Se considerará al envejecimiento como un proceso dinámico e integral, imbricado con aspectos históricos, sociales y psicológicos de acuerdo a la tradición del enfoque del ciclo vital, desarrollado en el apartado sobre emociones en el envejecimiento. Se realizó un análisis de contenido de cada uno de los autores, siguiendo la tradición del paradigma interpretativo en las ciencias sociales (Vasilachis de Gialdino, 1992; 2007); guiado por las preguntas antes explicitadas. El análisis se introduce abordando tres perspectivas disciplinares: la perspectiva psicológica de las emociones y algunos de sus antecedentes biológicos; luego se plantean los desarrollos sociológicos y antropológicos más destacados sobre la emoción. A continuación se trata el problema de la emoción en relación con el cuerpo y la construcción subjetiva. Se abordan luego las particularidades de las emociones en el envejecimiento, para desarrollar consecutivamente cuáles son las emociones vinculadas a la muerte en este momento del ciclo vital. Por último se exponen las conclusiones y reflexiones finales.

El análisis de contenido como estrategia metodológica, permite comprender los significados que quienes escriben o hablan atribuyen a normas, valores y definiciones de las situaciones socialmente establecidas, entendiendo al lenguaje como una premisa de la acción social (Mayntz, Holm y Hübner, 1975). Supone además una sistematización y objetivación que en el caso de los análisis cualitativos tienen una finalidad exploratoria y descriptiva.

Este tópico tan propio de lo humano ha sido abordado por una gran cantidad de disciplinas; algunas de ellas destacan la dimensión social y cultural de las emociones y permiten pensar en las diferencias de género, edad, clase y época al momento de definir las. Asimismo, están aquellas teorías que acentúan los aspectos biológicos y fisiológicos suponiendo un modelo universal, válido para toda la especie humana basándose en el estudio del comportamiento animal. La sociología, la antropología, la psicología, la biología y la lingüística se han ocupado del tema lo que torna inconmensurable este objeto de estudio.

Las diversas maneras de entender o definir a las emociones se hallan permeadas de la concepción de sujeto a la que remiten. Las emociones han sido descritas como el aspecto irracional del hombre, ¿De qué hombre se trata? Un hombre racional que hunde sus raíces en el sujeto cartesiano. Mente y cuerpo se presentan escindidos, es éste el modo de entender y concebir al hombre moderno cuyo cuerpo se experimenta como algo separado del sí mismo. Las teorías de las emociones sustentadas en lo indomable, lo salvaje o lo no civilizado del ser humano han alejado el interés de las ciencias sociales sobre este tema. Ya en el siglo XX las corrientes del constructivismo, se han ocupado del estudio de la emoción en su relación con la cultura (Crapanzano, 1994).

La Psicología de las emociones y sus antecedentes biológicos.

La psicología ha estudiado las emociones basándose en un sujeto universal, cuyo modelo es el hombre occidental moderno. Algunos de los desarrollos teóricos sobre la emoción se encuentran ligados a la teorización de aspectos patológicos, mientras que otros enfatizan el estudio de aspectos cognitivos, conductuales, biológicos o fisiológicos. En este apartado, se analizan los antecedentes biológicos representados por los desarrollos de Darwin (1872), James (1890) y Cannon (1927). Estos planteos que se ocupan de las bases biológicas de las emociones se continuaron en los trabajos de Paul Ekman (1972; 1993), Carrol Izard (1977) y Antonio Damasio (1996) entre otros. Cabe consignar que excede el propósito de este artículo profundizar en cada uno de los enfoques biológicos relativos a la emoción. Luego se tratan las consideraciones de Pierre Janet (1889; 1925) y su relación con la conciencia, así como también las referencias de Freud (1910) subrayando aspectos estructurales y nociones referentes a la conformación sintomática. Los aspectos cognitivos enlazados a la emoción se estudian en base a la propuesta piagetiana acerca del desarrollo de la inteligencia humana. Continuando la línea de la psicología del desarrollo, se desarrollan las ideas de Vigotsky (2004) en torno a las emociones y por último se analiza la propuesta de la psicología cognitiva acerca de este tópico.

Los desarrollos teóricos que realizó Darwin (1872) en torno a la emoción signaron muchos de los trabajos posteriores que destacan la universalidad de sus bases biológicas. Desde esta perspectiva, cada emoción posee su correlato orgánico producto del proceso de selección natural, cumpliendo un papel fundamental en la supervivencia de las especies. El estudio de las expresiones faciales en los animales y en los lactantes permitió avalar esta tesis que pone énfasis

en lo innato como determinante de gran parte de expresión emocional del hombre. Asimismo y de acuerdo a sus hallazgos, Darwin propone tres principios fundamentales acerca de la expresión emocional: el *principio de hábitos relacionados con la utilidad*; que supone actos directa o indirectamente útiles que responden a la satisfacción de deseos y sensaciones. La inducción de ese estado mental anterior, desencadena una respuesta motriz asociada por la fuerza del hábito que produce el mismo movimiento que se ejecutó anteriormente. Estas acciones, se vuelven recurrentes y su manejo voluntario se dificulta. El *principio de antítesis*, se refiere a las acciones involuntarias contrarias al hábito consolidado en la especie, suelen ser fuertemente expresivas. El tercer principio se denomina: *principio de acción directa del sistema nervioso*, se trata de actos que se vuelven independientes de la voluntad. La fuerza nerviosa asociada a un episodio de gran excitación puede desencadenar movimientos expresivos. Si bien la herencia juega un fuerte papel en la expresión emocional, el aprendizaje por asociación puede introducir modificaciones y variabilidad de las situaciones en las que se expresa una emoción. El legado de Darwin ha dado lugar al desarrollo de la etología, la psicología comparada y posteriormente al fructífero desarrollo de la psicología de las emociones plasmado a partir de la década de 1970.

Retomando los aportes de la teoría de Darwin, el filósofo William James (1890) realizó una interpretación fisiológica de la emoción, es decir, los procesos corporales percibidos como cambios en el sistema nervioso autónomo constituyen la emoción. Según esta interpretación, emociones como la tristeza serían causadas por las lágrimas o el temor sólo se podría experimentar luego de los temblores corporales. Sin cambios corporales la emoción permanece vacía. Esta concepción de la emoción despersonaliza el sentir como si tratase únicamente de una máquina corporal que siente (Le Breton, 1998).

En clara disidencia con los postulados de James, el fisiólogo Walter Cannon (1927) propone que las reacciones corporales no son lo principal en las emociones, sino que la experiencia consciente es paralela a la percepción del cambio corporal. Los estudios realizados en gatos, (Bard, 1934) demostraron que tanto la corteza cerebral como el hipotálamo intervienen en la expresión de las emociones.

Hacia mediados del siglo XX, las investigaciones de Paul Ekman (2003) han profundizado los fundamentos planteados por Darwin, cuyo resultado deriva en una teoría de las emociones básicas. El supuesto de base es que existe un sustrato neuronal que subyace a cada una de las emociones. Se proponen como básicas en tanto han persistido a través de la evolución (Ferrer Ducaud, 2008). Las emociones básicas suponen mecanismos diferentes, se consideran parte de emociones más complejas y son fundamentales para la adaptación a la vida cotidiana. Esta teoría ha demostrado desde el punto de vista fisiológico que existen patrones en el sistema nervioso autónomo para la tristeza, el temor o la rabia.

En consonancia con estas líneas, los estudios de Izard (1980), proponen que las emociones operan como un sistema en el que intervienen procesos experienciales y elementos

neurohormonales. De este modo, las emociones están en estrecha relación con la personalidad y la motivación.

Dentro de esta corriente de investigación se encuadran los abordajes principales del planteo de Damasio (1966), enfatizando la interpretación biológica del proceso de reflexión y decisión. En este sentido, las emociones se definen como marcadores somáticos, imágenes que se conectan con un cambio corporal. La tendencia a la acción o a la inhibición es inherente a la emoción. El procesamiento cognitivo, la capacidad de elección o reflexión se hallan vinculadas a la afectividad cuyas regiones cerebrales de relevancia son el lóbulo prefrontal y frontal.

Otra de las formas de entender la emoción se vincula con el papel otorgado a la conciencia. Situándonos a fines del siglo XIX y principios del XX, la teoría de Janet (1889) acerca de las emociones se fundamenta en el estudio de la conciencia y los automatismos. El sentimiento es indisoluble de la conciencia y es considerado como una regulación. De acuerdo a este planteo, la conciencia requiere siempre del sentimiento. En contraposición con la teoría de James afirma que *“la conciencia ha hablado más que las vísceras”*, (Janet, 1997: 36). Asimismo, afirma que la imaginación es también un factor de importancia en la psicología de los sentimientos. Se observa como conviven al interior de la psicología diversas teorías sobre las emociones, aspecto que tendrá consecuencias al momento de la interpretación e intervención en relación a qué función y lugar desempeñan en el psiquismo humano.

Desde el psicoanálisis la emoción no fue interrogada como un tema fundamental sino que fue incluida en problemas teóricos más amplios. En uno de sus ensayos iniciales acerca de las neuropsicosis de defensa, Freud (1894) ubica al monto de afecto como parte del síntoma neurótico. El afecto es concebido como una magnitud de excitación, en un lenguaje importado de la física, esta cantidad de energía (sexual) es susceptible de las propiedades de aumento, disminución, desplazamiento y descarga. El afecto que va enlazado a la representación patógena puede entonces sufrir cualquiera de estos movimientos. Es importante destacar que considerar al afecto dentro de lo patológico tiene un gran interés, puesto que luego de la teorización del inconsciente algunas emociones y sus expresiones estarán teñidas por un sesgo negativo. Las emociones pueden volverse incontrolables, fuera del dominio de la voluntad, gran parte de ellas pueden expresarse a través de los síntomas cuya lógica responde al ámbito de lo inconsciente, se precisa entonces una suerte de desciframiento, un “trabajo” psíquico a fin de lograr el alivio de la cura. En este sentido, la observación que realiza Le Bretón (1998: 134) es pertinente respecto de algunas profesiones como las del psicólogo, donde es menester alcanzar una distancia afectiva para no quedar impregnado de los sufrimientos que se tratan.

Por otro lado, el mecanismo de sublimación que conceptualiza Freud (1910) supone fines “socialmente aceptados” como destino del afecto, es decir, la energía proveniente de la vida sexual a través de la sublimación posibilita logros e intereses que revisten importancia social como las producciones científicas o artísticas. En este caso el afecto posee una valoración positiva. Asimismo, existe en los desarrollos teóricos del psicoanálisis una característica que subyace a la

relación con el objeto denominada ambivalencia afectiva. El amor y el odio están presentes en las relaciones con los otros significativos, el ejemplo paradigmático se encuentra en el llamado complejo de Edipo cuyo momento sería “universal”¹ en la estructuración psíquica. La resolución del complejo de Edipo determina en gran parte la elección sexual de objeto.

Por otra parte, la psicología del desarrollo se ha ocupado de las emociones sólo tangencialmente, sin embargo, no las han pasado por alto. A continuación se analizan los puntos centrales de cada uno de estos enfoques.

Las inquietudes epistemológicas que han movilizad los trabajos de Jean Piaget (1977), dejaron como legado una abundante obra acerca de la génesis de los procesos de construcción del conocimiento humano. Abordar la inteligencia como tópic no ha suprimido el papel de la afectividad en el desarrollo de la misma. Razón y afecto fueron propuestos por sus teorías como indisociables, existe un desarrollo paralelo entre la afectividad y las funciones intelectuales. La afectividad es el motor, la motivación de las conductas, mientras que los medios y técnicas pertenecen al campo de lo cognoscitivo. En este punto, una acción no se expresaría en términos puramente sentimentales o intelectuales sino en la relación de ambos elementos. El afecto representa la carga energética de la conducta, en este punto concuerda con la propuesta de Freud sobre la función de la afectividad.

El recorrido teórico de Piaget, aborda el desarrollo de la afectividad como el manejo del interés, los sentimientos interindividuales y la aparición de los sentimientos morales intuitivos en la primera infancia, hasta llegar al estudio de la voluntad como regulador y la consolidación de los sentimientos morales en la vida adulta. Las conceptualizaciones tanto de los estadios propuestos en el desarrollo de la inteligencia, como en el ámbito de lo afectivo pretenden ser universales, empero, situando el contexto de producción en el que fueron formulados sus escritos y experimentaciones difícilmente puedan tener un correlato tan amplio. La mayoría de los estudios se realizaron en Francia y Suiza desde los años '30 hasta los años '70. Sus teorías son inherentes a la concepción de sujeto de conocimiento a la que se refiere. Piaget parte de una pregunta acerca de cómo se llega al pensamiento científico, remite a la producción de conocimiento de su época en la Europa continental, es decir, los estudios de Piaget arraigados a esta inquietud epistemológica hay que entenderlos desde el contexto en el cuál fueron gestados. Su formación de biólogo impregnó fuertemente su manera de hacer ciencia, así como también el modo de formular sus interrogantes, su rigurosidad teórica y su metodología que responden al modelo de las llamadas ciencias “duras”.

Desde una posición que enfatiza la génesis sociocultural de los procesos psicológicos se encuentra la teoría de Vigotsky (1991). Su interés recayó en el estudio del desarrollo de las funciones psíquicas superiores y la mediación de los signos en la conformación del pensamiento. El carácter socio-histórico de la formación de los procesos superiores se funda en el contexto soviético marxista donde Vigotsky forjó su pensamiento. En virtud de superar las dicotomías de lo interno y lo externo expone sus tesis sobre el significado como la unidad de la conciencia y la

vivencia como unidad del desarrollo (González Rey, 2000). La emoción para Vigotsky (2004), es inherente a la vivencia, se expresa tanto a través de aspectos cognitivos como afectivos. Las formas de sentir se desarrollan en el proceso de socialización destacando la importancia de lo cultural. El papel del otro es muy importante, debido a que es la interacción con otros (intersubjetividad) lo que permite luego la intrasubjetividad y la formación de la conciencia (Covarrubias Teran y Cuevas Jimenez, 2008). Las emociones acompañan el desarrollo de las funciones elementales y superiores. En este sentido, existen emociones elementales que tienen una raíz biológica y son comunes a toda la especie. Emociones básicas como la ira, la desesperación o el terror son las bases sobre las cuales se moldean culturalmente las emociones superiores, suponen una co-construcción en el seno de la relación social. Los sentimientos religiosos, estéticos o de amor serían algunos ejemplos de las emociones superiores. La propuesta de Vigotsky resulta interesante en tanto permite advertir las diferencias culturales en el estudio de las emociones.

Una perspectiva diferente para estudiar las emociones es la que expone la llamada psicología cognitiva. El supuesto que sostiene estos estudios se refiere a la estructuración cognitiva subyacente a los procesos afectivos. Frente a un suceso, existiría una interpretación cognitiva que desencadenaría alguna emoción en particular, el objetivo propuesto por esta corriente se orienta a dar respuesta sobre cómo las percepciones e interpretaciones del mundo que tienen las personas, son la causa de que ellos experimenten emociones. Las emociones son definidas como *“reacciones con valencia ante acontecimientos, agentes u objetos, la naturaleza particular de las cuales viene determinada por la manera como es interpretada la situación desencadenante”* (Ortony, Clore y Collins, 1996: 16). El interés principal de la psicología cognitiva es desentrañar la estructura cognitiva de las emociones, el énfasis está puesto en la etiología, es decir, en ese supuesto origen cognitivo.

De acuerdo a los enfoques psicológicos sobre la emoción se abre un abanico de posibilidades para su abordaje. Es importante destacar que cada una de estas teorías se funda en inquietudes y posiciones epistemológicas diferentes lo que no escapa a los límites de los intereses disciplinares. Los supuestos sobre los que se fundan suponen la consagración de un modelo universal de sujeto con lo cual gran parte de estas conceptualizaciones dejan de lado las diferencias culturales. Sin embargo, la propuesta de Vigotsky resulta interesante en tanto habilita la posibilidad de considerar el desarrollo de las emociones de acuerdo a las características de cada contexto en particular.

Aproximaciones sociológicas sobre la emoción

Desde la sociología de las emociones se intenta poner de manifiesto el peso de “lo social” en la expresión y adquisición de las emociones. Si bien los aspectos emocionales han estado presentes en los desarrollos teóricos de muchos autores como M. Weber (2003), E. Durkheim (1989), N. Elías (1986) y E. Goffman (1986) entre otros, no ha sido un tema central hasta fines de la

década del '70 del pasado siglo. Se analizan a continuación, algunos de los desarrollos sobre las emociones que han abierto el camino sobre este tópico en el campo sociológico.

En 1921 Marcel Mauss en un artículo sobre la expresión de los sentimientos, subrayaba el carácter obligatorio y el origen social que se reitera en el llanto como expresión sentimental. A pesar de que estas formulaciones se realizaron en función de culturas de la Polinesia, resultan acertadas a los fines de ilustrar que la manifestación pública del duelo se encuentra pautada colectivamente.

Las ideas acuñadas por Halbwachs (1947) continúan destacando el énfasis de lo social, acentuando la acción indirecta que la sociedad ejerce sobre las pasiones del hombre. En este sentido, la expresión de las emociones ocurre siempre en un contexto social donde el hombre se encuentra inmerso. La tesis básica del autor es que los modos de expresar materialmente las pasiones y los sentimientos acontecen a menudo bajo la mirada del grupo social de pertenencia. Por otra parte, raramente la expresión de las emociones se manifiesta en ausencia de otros que si no están presentes físicamente lo están de forma imaginaria. Halbwachs, afirma que nuestras emociones están sometidas a una disciplina social que establece cómo, dónde y cuándo se deben expresar.

A partir de los años '80 Kemper (1981) partiendo del supuesto de que la mayoría de las emociones son producto de una relación social; propone una teoría sociorelacional de la emoción. De esta manera, presenta dos dimensiones básicas que están en el origen de todas las interacciones: el poder y el estatus. Es en el juego entre las relaciones de poder o estatus que las personas experimentan emociones internas. El análisis se basa en cuatro emociones de sesgo negativo: culpa, depresión, miedo y vergüenza. Más allá de algunas de las limitaciones del modelo, cuyo análisis minucioso excede el propósito de este trabajo, ha sido meritorio poner de relieve la importancia de la emoción en las relaciones sociales.

Continuando con este interés sobre las emociones, la propuesta de Hochschild (1983) estudia los sentimientos conscientes y acuerda con la anterior teoría, en tanto sostiene que las emociones son resultado de la interacción social. Las emociones funcionan a modo de señal y están basadas en las experiencias previas. El significado de las emociones se encuentra vinculado al contexto socio-histórico que las regula a través de aspectos normativos, políticos y expresivos. Este modelo sostiene también que los modos de expresión emocional están codificados socialmente, es decir, las normas sociales determinan lo que se debe sentir y de qué modo se debe expresar. Los trabajos de Hochschild, se orientan a la expresión emocional en los ámbitos laborales; los cambios en el mercado de trabajo se acompañan de una transformación en los modos de sentir. En la sociedad contemporánea lo que se busca es saber "gestionar" las propias emociones con el objetivo de ponerlas al servicio de la empresa. Es el caso de las corporaciones que ofrecen servicios, donde por ejemplo, existe la demanda de sonreír como parte de la actividad cotidiana que debe practicar el trabajador. Se trata en definitiva de un sistema de control sobre las propias emociones que puede acarrear consecuencias negativas, en tanto muchas veces se finge

sentir lo que en verdad no se siente (Soares, 2003). Estas conceptualizaciones permiten abordar problemas del mundo del trabajo contemporáneo contemplando la dimensión emocional.

Una propuesta diferente también dentro de la sociología, está representada en el trabajo de J. Turner (2000). Este autor, vincula la evolución y la supervivencia con el manejo de la capacidad emocional. El planteo se sostiene en la idea de que la cooperación grupal triunfó por sobre la tendencia al individualismo en la especie humana. Remontándose a la vida de los primeros hombres cuyo ambiente era en extremo hostil, el grupo tenía más posibilidades de sobrevivir que aquellos que permanecían aislados. Es de este modo, que se desarrolló la capacidad comunicativa a nivel gestual antes que verbal (Cabezas Hernández, 2008). En este punto el manejo emocional se vuelve fundamental en tanto permite a los hombres convivir y regular la vida en grupo. Serían los sentimientos de solidaridad y cooperación los que habrían permitido la cohesión grupal y en consecuencia la perpetuación. De acuerdo a esta teoría, la dimensión emocional es la condición de existencia de la vida en sociedad.

La diversidad de enfoques expresa cómo las emociones ganaron terreno en los estudios sociológicos, lo que en parte salda la escisión entre razón y pasión fundada por Descartes (1984). Los problemas e interrogantes a pesar de ser diversos coinciden en pensar a la emoción como producto de una relación social, en este punto se reconoce que tanto sentimientos como emociones cumplen un importante papel en la regulación de la vida en sociedad. Estos hallazgos muestran una revalorización de las emociones, expresan un movimiento hacia lo humano al interior los estudios sociológicos que acompañan también el predominio de los estudios cualitativos.

La Antropología de las Emociones

En este apartado se analizan diferentes vertientes antropológicas que no hace más de 30 años se han interesado en estudiar las emociones a través de su relación con el sentido, el significado, el cuerpo y el pensamiento. Asimismo, se presenta el problema semántico de las emociones y la traducción en el trabajo etnográfico. Es importante destacar que el florecimiento de las emociones en las ciencias sociales probablemente tenga que ver con características de contexto que afectan las maneras de sentir y la sensibilidad del hombre occidental contemporáneo. Los profundos cambios a nivel político y económico en el capitalismo tardío, no en vano instan a reflexionar sobre los modos de sentir.

El problema de las emociones en el campo de la antropología se debe a que se presenta como un objeto de estudio que involucra tanto pensamiento, como sentimiento. Leavitt (1996) propone dos grandes formas de abordarlas: por un lado la vertiente de la interpretación biológica y por otro la interpretación cultural. En pos de superar estas dicotomías que afectan a la emoción como las de: significado/sensación, mente /cuerpo o cultura/biología; define a las emociones como puentes entre significado y sensación, "*son categorías culturales occidentales que pueden*

coincidir -pero no necesariamente- con los campos semánticos usados en otras sociedades”; (Leavitt, 1996:516).

Siguiendo este planteo, desarrolla dos problemas que se presentan cuando se estudian las emociones desde la disciplina antropológica; el primero corresponde a la traducción de las emociones en los trabajos etnográficos y el segundo refiere a la ambigüedad que despierta el concepto de empatía. Analizando en profundidad estas dificultades Leavitt propone una interesante forma de sortearlas. Se trata en primer lugar de poner a trabajar las propias emociones del etnógrafo y en segundo término argumenta que la empatía es sólo el comienzo de la búsqueda. Existiría entonces, la posibilidad de hallar “patrones de sentimiento” que de alguna manera se enlazan al hábito.

Los desarrollos de Lutz y White, (1986), ya se han convertido en un referente sobre el tema de las emociones. Lejos de seguir los debates fundados en dualismos anacrónicos como la división mente cuerpo, individual o social proponen una relación indisoluble entre cultura y emoción. Las emociones desde esta perspectiva se construyen socialmente y son solidarias a las características de cada contexto histórico particular. Existen sin duda diferencias en los modos de percibir y sentir cuestión vital a la que debe atenderse cuando se investiga. El conocimiento compartido de los significados permite al hombre ser y hacer en un mismo contexto. De acuerdo a esta corriente etnoteórica, la emoción es mediadora de la acción e influye en las acciones futuras, no existe una relación jerárquica del pensar por sobre el sentir, sino una interacción mutua que finalmente orienta los comportamientos.

A pesar de considerar que las emociones están sujetas a una urdimbre de factores socio – culturales, la crítica que se ha realizado a los estudios de la antropología de la emoción se debe al uso del concepto mismo de emoción otorgándole un sentido occidental (Leavitt, 1996; Surrallés, 2005).

Las investigaciones llevadas a cabo por Michelle Rosaldo (1980; 1984) en Filipinas sobre los Ilongots la llevaron a conceptualizar a las emociones como sensaciones y construcciones cognitivas al mismo tiempo. Se trata de pensamientos incorporados, en este punto se diluye la diferencia entre sentimiento y pensamiento. Por otra parte, la relación entre lenguaje y emoción es puesta en evidencia por Rosaldo, en efecto, considera que las competencias lingüísticas sobre la emoción son al mismo tiempo competencias sociales. El problema del lenguaje le permitió poner en cuestión muchos de los supuestos occidentales como la concepción del *self* o la diferencia entre lo público y lo privado en el marco del trabajo etnográfico. La emoción desde este enfoque es producto de una negociación permanente, lo que en ocasiones dificulta su comprensión.

En una línea que pertenece también al campo de la antropología, la emoción es definida como un modo de relación entre el sujeto y el mundo. En consonancia con la corriente fenomenológica desarrollada por Merleau-Ponty (1975), David Le Breton (1998) estudia la emoción prestando especial atención a la interpretación que el sujeto realiza a partir de cada *cultura emotiva* en particular. Al contrario de lo que proponen las lecturas universalistas de la

emoción y aquellas que sostienen su importancia en los cambios fisiológicos, Le Breton sostiene que las emociones son de origen socio-cultural, se adquieren en el proceso de socialización y están modeladas por la cultura. El sujeto tiene un papel activo y está compelido a una negociación permanente entre el lenguaje (código) afectivo y el margen de libre acción que se le reconoce. Las emociones están ligadas a las convenciones morales y son en definitiva el resultado de una interpretación. De acuerdo a esta definición no importa la distinción entre sentimiento y emoción puesto que en ambas lo relevante es su relación con el objeto. La dimensión cultural y social es lo que distingue a estos enfoques que reconocen los particularismos de cada contexto en donde no existen modos afectivos universales de relacionarse.

Existe una propuesta interesante relacionada a la conceptualización de los afectos, se trata de la *configuración emotiva* que Jimeno, (2005) formuló en sus estudios sobre el crimen “pasional”, supone un esquema comprendido por una red elementos cognitivos y afectivos que sirven a las personas para expresar emociones y situarse en relación con otros. Esta concepción amplía las fronteras acerca de cómo se definen las emociones apelando a un conjunto de elementos.

El problema de la semántica de las emociones ha sido tratado por Wierzbicka (1988). Es evidente que al momento de definir las emociones, se presenta una dificultad que atraviesa todas las lenguas y que vuelve en ocasiones difícil la traducción de los significantes que remiten a algún sentimiento o emoción. El campo de la antropología ha revelado este problema a través del estudio de las diferentes culturas. La propuesta de Wierzbicka se basa en los estudios de Catherine Lutz (1987) acerca de los Ifalucs. La idea directriz es evitar la circularidad de las definiciones ilustrada en los diccionarios, apelando a términos indefinibles con los cuales se podrían definir todos los otros. Estas palabras casi universales a todas las lenguas, permitirían dar cuenta de algunos estados afectivos como el amor, la alegría, el aburrimiento o el temor. La lista propuesta contendría palabras como bueno, malo, saber, tiempo, lugar, yo, tú entre otras.

Del análisis de estos enfoques se desprende que existe un acuerdo en considerar una relación de solidaridad entre pensamiento, cognición y emoción. De esta manera, se intentan superar los dualismos y divisiones al momento de abordar las emociones. Sin olvidar que existe el riesgo de exacerbar el relativismo cultural, es de enorme valor enfatizar la relación entre cultura, emoción e interpretación. Así como estos enfoques no dejan de señalar que las emociones se construyen socialmente, han destacado también la relación entre cuerpo, emoción y experiencia. En el siguiente apartado se consideran algunas de las referencias en torno al cuerpo.

El cuerpo, las emociones y la construcción del sujeto social

El sujeto que habita el cuerpo moderno es portador de la racionalidad, el cuerpo es subsidiario al sujeto, un medio pasivo, inerte, que se convierte en una máquina biológica cuyo desciframiento corresponde a la ciencia. Las emociones en este contexto, pertenecen a lo

irracional. En los últimos años, poner en cuestión estos supuestos ha sido la tarea de los estudios sociológicos y antropológicos otorgando un lugar relevante al cuerpo, la experiencia sensible y la emoción.

El estudio de las emociones no puede dejar de considerar su relación con el cuerpo. De acuerdo a muchos de los trabajos inspirados en la fenomenología, las emociones están ligadas a la experiencia de ser y estar en el mundo. El cuerpo al que se refieren no está anclado en la biología sino que se construye según la experiencia social, cultural y biográfica a la cual está expuesta la biología humana. La experiencia está encarnada al mundo, no existe vacía o abstracta, sino que toda experiencia está mediada por lo corporal (Lyon y Barbalet, 1994). El cuerpo es sensible y está orientado en sus disposiciones somatizadas, noción fundamental en el paradigma del *embodiment* (Csordas, 1990). Es en este punto que las emociones se expresan corporalmente. A través de esta forma de entender la experiencia, se intenta dejar de lado la escisión mente/cuerpo; el cuerpo, el sujeto y el mundo están en permanente interacción.

Un cuerpo sensible, sugiere un conjunto de disposiciones que moldean los modos de sentir. Existe una relación estrecha entre la noción de *habitus*² planteada por Bourdieu (1998) y la de incorporación propuesta por Csordas (1994). En el intento de superar las dicotomías entre subjetivismo y objetivismo el *habitus* permite pensar que los modos de hacer y de sentir se inscriben corporalmente, es la historia hecha cuerpo. Las emociones desde esta perspectiva están organizadas y orientadas culturalmente, allí el cuerpo se construye en el mismo devenir instaurando formas de sentir legitimadas social e históricamente por los otros que comparten los mismos *habitus* y que perciben estas formas como “naturales”.

Desde la antropología del cuerpo, el recorrido que realiza Le Breton (2008) respecto del lugar del cuerpo en la construcción del hombre occidental moderno, permite comprender cómo el cuerpo fue tomando consistencia propia hasta llegar a considerarse como algo diferente del “hombre”. La idea fundamental que expone Le Breton, se sostiene en la posibilidad de pensar al cuerpo como una construcción social. El argumento de base es la concepción del cuerpo moderno como separado, escindido del hombre y asimismo de los otros. Este proceso de separación está asociado a la individuación creciente que se fue consolidando en el hombre occidental.

En el camino hacia la individuación, el hombre occidental pasa de pertenecer a la comunidad a pertenecer al mundo. El saber anatómico (siglos XVI-XVII) instaure una ruptura epistemológica fundamental, el hombre rompe su comunión con el universo y pasa a formar parte de él. El cuerpo se funda en la escisión racional, dualista alma-cuerpo, es decir, que el cuerpo se objetaliza y se manifiesta en la paradoja de *poseer* un cuerpo en lugar de serlo. En conclusión, el cuerpo moderno opera desde su doble dimensión por un lado es un resto, un objeto que *se posee*, para ser visto, ser expuesto, ser estudiado, ser examinado, ser medido, ser modelado y ser curado, es un cuerpo que remite a sí mismo, cuerpo de la bio-medicina. Por otro lado el cuerpo y el hombre comparten la misma esencia donde lo que se intenta es *ser un cuerpo*.

Las emociones en el envejecimiento

Abrir el interrogante sobre los modos de sentir en las personas de edad, tiene múltiples implicancias respecto del lugar del cuerpo, la cognición, el pensamiento y la representación social de la vejez en las sociedades contemporáneas.

Es importante recordar que no existe una única definición del proceso de envejecimiento y sin pretender recorrer cada una de las teorías psicosociales del envejecimiento, cuestión que demandaría una ilimitada extensión, se hace referencia al proceso de envejecimiento diferencial, dejando de lado el criterio etario.

En las últimas décadas desde la psicología del desarrollo en contraposición a las posiciones más duras respecto al desarrollo humano, el enfoque del ciclo vital o *life-span* (Baltes y Mayer, 1999; Lehr, 1994; Birren, 1990; Thomaes, 1974, Erikson, 1997; Neugarten, 1968) permite comprender los cambios en el proceso de envejecimiento en todas sus dimensiones. Este enfoque parte de una visión flexible y múltiple del desarrollo humano contemplando cambios desde el nacimiento hasta la muerte. De este modo, sus últimas investigaciones han centrado la atención en los cambios propios del envejecimiento. Hasta no hace mucho tiempo, esta etapa de la vida se pensaba sólo en términos de deterioro y pérdida, en este sentido numerosos estudios sobre las llamadas “ganancias”, permiten cambiar la mirada sobre el envejecimiento considerando que tanto las ganancias como las pérdidas ocurren a lo largo de toda la vida. Esta concepción dialéctica y relativista del desarrollo promueve una visión del envejecimiento diferencial.

De esta manera, se considera que existe una variabilidad interindividual que va en aumento a medida que las personas van ganando años. Por otro lado, la multidimensionalidad, supone cambios a lo largo del ciclo vital donde interactúan diferentes factores y sistemas de formas disímiles y en múltiples direcciones (multidireccionalidad). Desde esta perspectiva existen influencias normativas y no normativas que inciden en el desarrollo de las personas. Las primeras se refieren al conjunto de expectativas sociales, que delimitan las transiciones de la vida, los tiempos que marcan la formación, el trabajo, la conformación familiar y el momento del retiro. No obstante, coexisten con las influencias históricas y sociales. Los hechos históricos así como los diferentes contextos culturales, introducen cambios en el desarrollo humano. El segundo tipo de influencias, supone sucesos imprevistos en el curso vital, como los accidentes, las migraciones forzadas, las pérdidas inesperadas de seres queridos o una situación de desempleo. La perspectiva del ciclo vital es lo suficientemente amplia e integral como para considerar al envejecimiento en sus múltiples dimensiones, atendiendo a los aspectos históricos, sociales y contextuales.

Para volver sobre las emociones en el proceso de envejecimiento es preciso destacar que no son muchos los trabajos que indagan sobre el tema (García Rodríguez y Ellgring, 2004). Desde la psicología existen enfoques que estudian la asociación entre cognición y emoción, como el

desarrollo del pensamiento post- formal³, se suma a este enfoque la teoría propuesta por Laura Carstensen, (2001) que intenta explicar cómo y por qué el contacto social se reduce en la vejez.

La teoría de la selectividad socioemocional (Carstensen, Fung y Charles, 2003) sostiene que los contactos sociales de los adultos mayores, deben su reducción a un proceso de selectividad. Las personas mayores desean pasar momentos intensos afectivamente y compartir su tiempo con seres significativos. El supuesto sobre el que se sustenta esta teoría es que a lo largo de la vida existen diferentes tipos de metas que varían su importancia. Están las metas relacionadas con el conocimiento y la información, las metas destinadas al mantenimiento del autoconcepto y las metas asociadas a la regulación emocional. La preeminencia de cada una de estas metas está determinada en función del tiempo que resta por vivir. De este modo, cuando el tiempo se percibe como finito las metas emocionales se vuelven más importantes, es por ello que se produce una disminución de la red social. La acumulación de experiencia también está asociada a una mejor regulación emocional, en particular, cuando se trata de aceptar y tolerar afectos contradictorios. Algunas publicaciones recientes avalan la hipótesis de un mejor control de las emociones en el envejecimiento, aunque se trata de un campo nuevo de indagación, donde en general las muestras han sido de población estadounidense (Mather y Carstensen, 2005). Sin embargo, en España se están realizando estudios exploratorios en este mismo sentido aunque aún son preliminares (Marquéz González *et al*, 2008).

Por otro lado, dentro de la corriente neo-piagetiana del desarrollo, (Labouvie-Vief y DeVoe, 1991) se propone que en la adultez y en el envejecimiento se produce una integración del mundo afectivo y de los aspectos cognitivos. Una característica del desarrollo en la etapa final de la vida, es que mediante un proceso integrador las emociones intervienen en el desempeño cognitivo posibilitando soluciones mucho más eficaces en los problemas de la vida cotidiana. En esta etapa, se observa un mejor manejo de las emociones reflejado a través de un lenguaje emocional más complejo, así como también se produce una mayor diferenciación de las emociones.

El logro de la integridad propuesta por la teoría psicoemocional de Erikson, (1997) supone también un mejor manejo emocional. Erikson sostiene que a lo largo del ciclo vital se van atravesando una serie de conflictos que deben ir resolviéndose. El último de estos conflictos, que se atraviesa en la vejez, es la resolución entre la integridad *versus* la desesperación. El logro de la integridad implica la aceptación del propio ciclo de vida con el estilo de vida que se haya emprendido, así como las variables históricas que lo conforman. La aceptación de esta etapa lleva a la admisión de la muerte no de modo trágico sino con tranquilidad y con un sentimiento que trasciende lo material y al yo propio.

El estudio de las emociones en la última etapa de la vida es aún incipiente por lo que se inaugura la posibilidad indagar en profundidad sobre este tópico que promete ser fructífero. La mayoría de los enfoques presentados pertenecen a una sola perspectiva disciplinar, en este caso a

la psicología. Es importante señalar que la complejidad misma que encierra el envejecimiento amerita un abordaje multidisciplinar.

En virtud de acercar un interrogante más que respuestas certeras, se intenta en este último apartado reflexionar sobre las emociones asociadas a la muerte y en particular qué ocurre con las personas mayores cuando la muerte se percibe como posible.

El miedo y la muerte en el proceso de envejecer.

Los cambios inherentes a la sociedad actual, llamada por muchos autores hipermoderna, o posmoderna revelan una nueva sensibilidad donde la relación con el cuerpo y los sentidos se ve afectada fuertemente por la inmediatez. Como lo destacan Haroche (2009), Gauchet (1992) y Bauman (1999) la relación con el tiempo se vuelve fundamental para comprender la transformación en la subjetividad. La sociedad moderna se caracteriza por impulsar el hedonismo, el narcisismo, el desapego y la ausencia de espontaneidad. Las relaciones con los otros están afectadas por la fluidez, la flexibilidad y la indiferenciación, aspectos que se complementan con la disolución de límites y fronteras.

Uno de los efectos que conforman este escenario es la psicologización de la sociedad, alimentada por un repliegue sobre el sí mismo ¿Cómo se ven afectadas las maneras de ser y de sentir? La tesis que plantea Haroche se sustenta en una pérdida del sentido que va en aumento, donde los obstáculos de la instantaneidad y la inmediatez impedirían no sólo la expresión del sentimiento sino también la capacidad misma de sentir. La clave está en el registro temporal, es decir, que una relación que se encuentra atravesada por lo efímero, sólo puede fundar lazos débiles. Siguiendo el planteo de Bauman (2003) la comunidad actual, sustentada en la estética se opondría a la comunidad ética de antaño.

En este escenario contemporáneo la muerte se diluye, se intenta negar, en contraste, la fantasía de inmortalidad es alimentada por los desarrollos científicos. La incertidumbre, inestabilidad y pérdida de certezas no hace más que fomentar nuevos temores entre los cuales se destacan el miedo a envejecer y a la muerte.

En su recorrido sobre las actitudes frente a la muerte Philippe Ariès (2007) ha formulado el concepto de muerte invertida como predominante a partir del siglo XX. La muerte está atravesada por una fuerte censura y prohibición. Se intenta evitar la expresión de las emociones intensas ligadas a la muerte. El escenario donde se espera la muerte es el hospital, allí se produce una fragmentación del proceso de morir, se muere a solas. Los ritos de la muerte sólo guardan su apariencia, no su esencia. La técnica fomenta la desintegración de la muerte. La curación simboliza el ideal médico en este contexto donde la muerte se equipara al fracaso del tratamiento.

Uno de los sentimientos que se reconoce asociado al envejecimiento es el temor a la muerte propia. La inseguridad es símbolo de la muerte mientras que la seguridad simboliza la vida,

asegura Jean Delumeau (1978) en su estudio historiográfico sobre el temor en Occidente. A partir de la modernidad se ha acrecentado el nivel de miedo en el hombre occidental. El temor en la especie humana hunde raíces en el temprano conocimiento de la muerte como una posibilidad que todos hemos de experimentar. A pesar de que en grados extremados se vuelve patológico, el miedo funciona como un facilitador de la supervivencia en cualquier especie. Existe sin embargo en el hombre, una conciencia sobre los peligros que impulsan respuestas, lo cual como en otras especies resulta adaptativo. La conciencia de la muerte como fin de la existencia humana implica el arribar a la madurez (Cirlot, 2005), quizá esta conciencia es la que nos diferencia de otras especies. El hombre como hito de pasaje de la naturaleza a la cultura es quien ha desarrollado una serie de rituales a través de los cuáles despide a sus semejantes. Existe así una relación indisoluble entre cultura y muerte.

La muerte supone una ruptura en el nivel ontológico en el pasaje de lo real a lo irreal (Marí, 2005). La idea de muerte se va transformando a lo largo del ciclo vital, pero es desde la infancia que se van construyendo esos sentidos a través de lo que se trasmite en la socialización. Esta idea, se vuelve más evidente a partir de la mediana edad cuando se produce un balance en relación al tiempo vivido y al tiempo que resta (Neugarten, 1968). En definitiva, no se trata más que de la difícil tarea de admitir el triunfo de la naturaleza sobre el hombre. La perspectiva antropológica de Morin (1970), permite echar luz sobre este punto. En la compleja relación individuo-especie-muerte, la individualidad, triunfa por sobre la especie en el hombre. La conciencia de la muerte y de la finitud, significa la posibilidad de renunciar a lo que se ha conseguido en tanto individuo. Es lo que el autor denomina la inadaptación del individuo a la muerte.

Por otra parte, desde la sociología del miedo se destaca una diferencia entre los miedos en la modernidad tradicional y los miedos en las sociedades contemporáneas. La distinción que realizan Olvera Serrano y Sabido Ramos (2007) entre temores sociales y psicológicos permite comprender cómo algunos de los miedos de antaño se fueron trocando por nuevos miedos. Entre ellos se encuentran: el miedo a la muerte, al envejecimiento, al desempleo y a la enfermedad en tanto representan amenazas a la integridad individual. Existe una diferencia sustancial entre miedo y angustia; la angustia es definida en general por la ausencia de referente, mientras que el miedo está relacionado con un objeto identificable. Desde la perspectiva psicoanalítica de Jaques Lacan, (1962; 1963) se la define como una espera de que algo sucederá, es decir, como algo inminente frente a la ausencia de sentido. Otra de las definiciones se refiere a un afecto sin objeto. En algunas corrientes de la psicología contemporánea se usa indistintamente tanto el término ansiedad como angustia. La ansiedad se relaciona con diferentes respuestas físicas y mentales que son producto de la interpretación de una amenaza. Muchas veces ocurre que la amenaza no implica un peligro real, pero debido a una creencia errónea el organismo se prepara para la huida o la lucha manifestando cambios en la presión sanguínea y el ritmo cardíaco (Sierra; Ortega y Zubeidat, 2003). La ansiedad es adaptativa en límites razonables, en tanto permite reacciones rápidas en momentos en que la vida corre peligro mientras que se vuelve patológica

cuando no existe una amenaza real. La ansiedad se refiere en general a peligros futuros y desencadena cambios fisiológicos y motrices similares a los producidos en el miedo. No obstante, el miedo está asociado a un objeto al que se le atribuye esa sensación. El miedo a la muerte deriva de la incertidumbre que despierta el no saber qué ocurre después, es una experiencia única e irrepetible sobre la cual recae el halo del misterio. Las significaciones culturales de la muerte influyen en los sentidos que se le atribuyen.

El proceso de envejecimiento está asociado también al temor frente al deterioro corporal, secundario al enaltecimiento del que goza la juventud. Los prejuicios negativos asociados a la vejez⁴ deben estar en permanente cuestionamiento por parte de quienes tratan e investigan estos temas. Tanto a los investigadores como a profesionales les corresponde estar atentos a los estereotipos sociales que forman parte de la cultura occidental en la cual están inmersos. Sobre este punto Rice, Löckenhoff y Carstensen (2002) recuerdan que los valores de la cultura occidental como la independencia y productividad asociados a la juventud, producen un antagonismo que deriva en una lectura de la vejez en términos de dependencia e improductividad. Asimismo, la ética protestante del trabajo suele asociar el retiro con la pasividad, cuestión que lleva a pensar de forma negativa el tiempo que no corresponde al trabajo.

El miedo en la vejez está también relacionado con la fragilidad, el sentirse vulnerables y perder la propia autonomía tan valorada en la sociedad contemporánea (Saurí, 1991). El aislamiento y la soledad se convierten en amenazas que pueden despertar el temor de los mayores, la pérdida de pares es una escena temida en tanto la muerte se percibe como posible. El cambio de estatus social o la falta de reconocimiento pueden también derivar en una muerte social (Thomas, 1991). El momento del retiro laboral puede ser vivenciado con temor si el trabajo ha sostenido la mayor parte de la red social con la que se cuenta. Suele haber una diferencia de género en relación a cómo es interpretado este momento de la vida. Para un modelo masculino más tradicional fuertemente sostenido en su actividad laboral, el fin de la etapa de trabajo puede ser fuente de temor, a diferencia de las mujeres cuya red social es más diversa, sobre todo si responde al modelo ama de casa-madre-esposa.

En su experiencia con enfermos terminales la psiquiatra Elizabeth Kübler-Ross (1970; 1989) estudió las actitudes y emociones ligadas al proceso de morir. En sus libros propone diversos momentos afectivos por los que atraviesan las personas que están próximas a morir, sin embargo, estas actitudes no se expresan de igual forma en todas las personas. La negación respecto de la posibilidad de una muerte cercana, es el mecanismo defensivo observado luego del *shock* de la noticia. Existe también un momento de intenso enojo dirigido contra sí mismo, la familia propia o contra la divinidad por lo que significa la certeza e impotencia de morir. Un momento de esperanza parece resurgir donde lo que se ensaya es una suerte de pacto, demandando una prórroga de la vida que impida lo inevitable. Cuando comienza un atisbo de aceptación se expresan en este momento sentimientos de tristeza, donde lo que predomina es el silencio, se trata de un estado depresivo que anticipa el duelo. Por último, domina la aceptación cuando se está a la espera de la muerte. Estos momentos están sujetos a las características del contexto en el cual se

produce la muerte. La muerte en las sociedades actuales tiene un sentido muy diferente que en otros momentos históricos.

Por otra parte, se reconoce una dificultad en asimilar la idea de la propia muerte a todas las edades, puesto que no existe un signo inconsciente de muerte (Freud, 1918). Las circunstancias sociales económicas e históricas afectarán la actitud frente a la muerte en el anciano, así como también sus experiencias personales. El miedo a la muerte se plantea como un temor básico del que derivan los demás (Blanco Picabia y Antequera Jurado, 1998). Este temor se relaciona al “dejar de ser”, implica el abandono de los seres significativos que muchas veces dan sentido a la existencia. No obstante, la hipótesis de estos autores es que a diferencia de otros grupos etarios, en la vejez, la muerte se acepta como parte de un proceso natural e inevitable. En este sentido, la muerte del otro es crucial en tanto representa un modelo de la propia. Por otro lado, Lerner y Codner (2001) proponen que el temor que puede manifestarse en los adultos mayores no estaría directamente relacionado con la muerte, sino con el miedo a la dependencia y a padecer el propio deterioro.

Conclusión.

De acuerdo al análisis planteado en cada uno de los ejes, es importante insistir que interrogarse sobre las emociones implica considerar una compleja trama que involucra cuerpo, pensamiento, sensación, interpretación, historia, naturaleza, cultura y sentido de forma simultánea. Es preciso entonces un abordaje bio-psico-social del hombre que al momento de estudiar un tópico como las emociones sea capaz de complementar perspectivas de diferentes ciencias en un trabajo interdisciplinar. Las diversas teorías acerca de la emoción, en cada disciplina responden a supuestos epistemológicos y ontológicos diferentes, en este sentido aportan herramientas pertinentes para el estudio de la emoción en la vejez aunque no hayan tratado este problema de forma específica. Dentro de los enfoques psicológicos, conviven aquellos que destacan las bases biológicas y que consideran que la especie humana comparte un conjunto de emociones básicas de las cuales se derivan las demás (Ekman, 2003; Izard, 1980); con aquellos que enfatizan la interacción de los aspectos cognitivos y emocionales (Piaget, 1977; Vigotsky, 2004; Ortony, *et al*, 1996). En las aproximaciones sociológicas se considera que la emoción es producto de una relación social que determina y regula sus modos de expresión, cumpliendo un rol destacado en la organización social (Kemper, 1981; Hochschild, 1983). Por otro lado, los desarrollos antropológicos sobre la emoción, pretenden superar los dualismos, subrayando el papel de la interpretación y la negociación del significado, ambas implícitas en la expresión emocional (Le Breton, 2008; Wierzbicka, 1988). Asimismo, se destaca que las emociones se manifiestan en la relación indisoluble del cuerpo (Csordas, 1990; Bourdieu, 1998) y la experiencia en el mundo (*sensu* Merleau-Ponty, 1975).

Los dos interrogantes que apuntalaron este trabajo han sido respondidos según se resume a continuación. Respecto a las emociones en el envejecimiento, algunos autores (Carstensen, Fung y Charles, 2003; Labouvie-Vief y DeVoe, 1991) coinciden en el logro de un mejor manejo emocional en la vejez, sin embargo aún queda mucho por esclarecer, sobre todo, si

se contemplan las diferencias contextuales. Por otro lado, frente a la cercanía de la muerte, el miedo se erige como la emoción más característica (Blanco Picabia y Antequera Jurado, 1998). Pensar en la finitud y en la muerte propia es fuente de temor para los mayores, así como lo es también la dependencia y el deterioro (Lerner y Codner, 2001). No obstante, si se considera la variabilidad interindividual (Baltes y Mayer, 1999) la expresión afectiva será heterogénea de acuerdo a las experiencias particulares de cada historia de vida. En suma, es preciso atender a la complejidad de aspectos contextuales, históricos, culturales, sociales y psicológicos que están involucrados en la experiencia emocional de las personas mayores.

Bibliografía

- ARIÈS, P. (2007). *Morir en Occidente, Desde la edad media hasta nuestros días*. Argentina: Editora Adriana Hidalgo.
- BALTES, P. B. Y MAYER, K. U. (1999). *The Berlin aging Study*. New York: Cambridge University Press.
- BARD, P. (1934). "On emotional expression alter decortications with some remarks on certain theoretical views". In *Psychologica rev.* Vol. 41 pp. 309-29
- BAUMAN, Z. (1999). *Le coût humain de la mondialisation*, París: Fayard.
- _____ (2003). *Modernidad Líquida*, México: Fondo de Cultura Económica.
- BIRREN, J. E. Y BIRREN B. (1990). "The concepts, models and history of the psychology of aging"; en Birren, J and Shaie, K. (Eds.), *Handbook of the Psychology of Aging*. San Diego: Academic Press.
- BLANCO PICABIA, A. Y ANTEQUERA JURADO, R. (1998). "La muerte y el morir en el anciano" en Salvarezza L. (Comp.) *La Vejez: una mirada gerontológica actual* (pp.379-406). Argentina: Paidós.
- BOURDIEU, P. (1988). *Cosas dichas*. Gedisa: Buenos Aires.
- _____ (1998). *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus: Madrid
- CABEZAS HERNÁNDEZ, M. (2008). "Reseña de On the origins of human emotions. A sociological enquiry into the evolution of human affect" en: *Praxis Filosófica Nueva serie*, N°. 26, pp. 331-333
- CANNON, W. (1927). "The James-Lange theory of emotion"; In *American Journal Psychology* N° 39; pp. 106-24
- CARSTENSEN, L.L., FUNG, H. Y CHARLES, S. (2003). "Socioemotional selectivity theory and the regulation of emotion in the second half of life". In *Motivation and Emotion*, N°27 Vol. 2, pp.103-123

- _____ (2001) "Selectivity theory: social activity in life-span context", in Walker, A J.; Manoogian-O'Dell, M.; Mc Graw, L.A y White, D.L.G. (Eds.) *Families In Later Life: connections and Transitions*, (pp.265-275), California: Pine Forge Press.
- CIRLOT, V. (2005). "El juego de la muerte en la cultura caballeresca" en: Daniel Hallado (Comp.), *Seis miradas sobre la muerte*, (pp. 15-44). Barcelona: Paidós.
- COVARRUBIAS TERAN, M. A. Y CUEVAS JIMENEZ, A. (2008). "La perspectiva histórico cultural del desarrollo y la construcción de la esfera afectivo-motivacional", en *Revista de Psicología para América Latina* N° 14, versión on-line. Descargado el 3 de Febrero de 2010 de: http://scielo.bvs-psi.org.br/scielo.php?pid=S1870-350X2008000300007&script=sci_arttext
- CRAPANZANO, V. (1994). "Réflexions sur une anthropologie des émotions", en *Terrain*, Vol. 22, pp. 109-117
- CSORDAS, T. J. (1990). "Embodiment as a paradigm for Anthropology". In *Ethos* N° 1 Vol. 18 pp.5-47
- _____ (1994). "Introduction: The body as representation as being-in-the-world"; In: Csordas, T. J. (Ed.) *Embodiment and experience: the existential ground of culture and self*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-24
- DAMASIO, A. (1966). *El Error de Descartes*. Santiago, Chile: Andrés Bello.
- _____ (1996) "The somatic marker hypothesis and the possible functions of the prefrontal cortex"; In: *Philos Trans Royal Society London [Biol]* Vol. 351, pp. 1413-1420
- DARWIN, CH. (1872:1998). *The Expression of the Emotions in Man and Animals*. Oxford: Oxford University Press.
- DELUMEAU, J. (1978). *La peur en Occident aux XVIe et XVIIIe siècles*. París: Fayard.
- DESCARTES, R. (1984). *Tratado de las pasiones del alma*. Barcelona: Planeta.
- DURKHEIM, E. (1989). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- EKMAN, P. (1972) "Universals and cultural differences in facial expressions of emotions"; in: J. Cole (Ed.) *Nebraska Symposium of motivation* (pp.207-283). Lincoln: University of Nebraska press.
- _____ (1993) "Facial expression and emotion"; in: *American Psychologist*, Vol. 48, N°4, pp. 384-392
- _____ (2003). *Darwin: Deception and facial expression*. Ann New York Acad Sci; Vol. 1000, pp.205-21
- ELÍAS, N. (1986). *El proceso de la civilización. Investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FERRE DUCUAUD, S. (2008). *Las emociones*, Santiago, Chile: Mediterráneo.

FREUD, S. (1894:1993). "Las Neuropsicosis de defensa", en: *Proyecto de una psicología para neurólogos y otros ensayos*; vol. 2 Obras Completas, Argentina: Ediciones Orbis.

_____ (1910:1994). "Cinco conferencias sobre el psicoanálisis", en: *un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci y otras obras 1910*. Tomo XI Obras Completas, España: Ediciones Amorrortu.

_____ (1918:1995). "Reflexiones sobre la guerra y la muerte" en: Tomo XIV Obras Completas, Buenos Aires: Ediciones Amorrortu.

_____ (1924:1994). "El sepultamiento del complejo de Edipo" en: *El yo y el ello, y otras obras (1923-1925)* Tomo XIX Obras Completas, Buenos Aires: Ediciones Amorrortu.

GARCÍA RODRIGUEZ, B. Y ELLGRING, H. (2004). *Los motivos y las emociones en la vejez*. Madrid: UNED (Ediciones de la Universidad Nacional de Educación a Distancia)

GAUCHET, M. (1992). *L'inconscient cérébral*. París: Seuil.

GOFFMAN, E. (1986) *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

GONZALEZ REY, F. L. (2000). "El lugar de las emociones en la constitución social de lo psíquico: El aporte de Vigotsky" en: *Revista Educação & Sociedade*, Nº 70, pp. 132-148

HALBWACHS, M. (1947). "L'expression des émotions et la société" dans *Échanges sociologiques*, Paris: Centre de Documentation Universitaire. Descargado el 5 de Febrero de 2010 de: http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html

HAROCHE, C. (2009). *El porvenir de la sensibilidad, los sentidos y los sentimientos en cuestión*. Buenos Aires: Nueva Visión.

HOCHSCHILD, A. R. (1983). *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.

IZARD, C. E. (1977). *Human emotions*. New York: Plenum Press.

_____ (1980). *A system for affect expressions identification (Affex)*. Newark Delaware: Psychology Department, University of Delaware.

JAMES, W. (1890). *The principles of psychology*. New York: Dover Publications.

JANET, P. (1889). *L'automatisme psychologique. Essai de psychologie experimentales sur les formes inférieures de l'activité humaine*, París: Félix Alcan.

_____ (1925). "Étude sur un cas d'aboulie et d'idees fixes". In *Névroses et idées fixes*. París: Félix Alcan, Vol. 1, pp. 1-68,

_____ (1997). *Psicología de los Sentimientos*. México: Fondo de Cultura Económica.

- JIMENO, M. (2005). "Unos cuantos piquetitos, violencia mente y cultura" en: *Cahiers des Amériques Latines* N° 45 pp. 143-164
- KEMPER, TH D. (1981). "Social Constructionist and Positivist Approaches to the Sociology of Emotions". In *American Journal of Sociology*, N° 87 Vol. 2 pp. 336-362
- KÜBLER-ROSS, E. (1989). *La Muerte un amanecer*. Barcelona: Luciérnaga.
- _____ (1970). *Sobre la Muerte y los Moribundos*. Barcelona: Grijalbo.
- LABOUVIE-VIEF, G., Y DEVOE, M. (1991). "Emotional regulation in adulthood and later life: A developmental view". In K.W. Schaie (Ed.), *Annual review of gerontology and geriatrics*, New York: Springer, pp. 172-194
- LACAN, J. (1962:1963). *Seminario X, La angustia*. Argentina: Versión Íntegra.
- LE BRETON, D. (1990:2008b) "En las fuentes de una representación moderna del cuerpo: el hombre atomizado"; en: *Antropología del cuerpo y modernidad*. (pp.29-61) Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____ (1998). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____ (1990:2008a). "Introducción"; en: *Antropología del cuerpo y modernidad*. (pp.7-27) Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____ (1990:2008c) "El envejecimiento intolerable: el cuerpo desecho"; en: *Antropología del cuerpo y modernidad*. (pp.141-150) Buenos Aires: Nueva Visión.
- LEAVITT J. (1996). "Meaning and feeling in the Anthropology of emotions". In *American Ethnologist*, Vol. 23, N°3, pp. 514-539
- LEHR, U. (1994). "La calidad de vida de la tercera edad, una labor individual y social", en José Buendía (Comp.) *Envejecimiento y psicología de la salud* (pp. 353-371). Madrid: Siglo XXI Editores.
- LERNER, R. M. Y CODNER, L. (2001). "A tempo, reflexiones sobre la temporalidad" en: Zarebski, G. (Comp.), *Viejos Nuevos, Nuevos Viejos*, (pp. 109-119), Buenos Aires, Argentina: Tekné.
- LEVY, B. R. Y BANAJI, M. R. (2004), "Implicit ageism" in: Nelson, T. D. (Ed) *Ageism: Stereotyping and prejudice against older persons* (pp. 49-76), Massachusetts: The Mit Press.
- LUTZ C. Y WHITE G. (1986). "The anthropology of emotions"; In *Annual Review of Anthropology*, vol.15, pp. 405-436
- _____ (1987). "Goals, events and understanding in Ifaluk emotion theory", In: Holland, D. y Quinn, N. (Eds.) *Cultural models in language and thogth*, (pp. 290-312), Cambridge: Cambridge University Press.

- LYON M. Y BARBALEY J. (1994). "Society' s body: emotion and the somatization of social theory"; In Csordas, T. (Ed) *Embodiment and Experience: the existential ground of culture and self*, (pp. 48-66), Cambridge: Cambridge University Press.
- MARÍ, A. (2005). "Tumbas, criptas, cementerios y otras formas de recogimiento" en Daniel Hallado (Comp.), *Seis miradas sobre la muerte* (pp. 45-60), Paidós: Barcelona.
- MÁRQUEZ-GONZÁLEZ, M.; FERNÁNDEZ DE TROCÓNIZ M. I.; MONTORIO CERRATO I. Y LOSADA BALTAR A. (2008). "Experiencia y regulación emocional a lo largo de la etapa adulta del ciclo vital: análisis comparativo en tres grupos de edad" en: *Revista Psicothema*; Vol. 20, Nº 4, pp. 616-622
- MATHER, M., Y CARSTENSEN, L.L. (2005). "Aging and motivated cognition: The positivity effect in attention and memory"; In *Trends in Cognitive Science*, Vol. 9, pp. 496-502
- MAUSS, M. (1921). " L'expression obligatoire des sentiments; rituels oraux funéraires australiens", dans *Journal de psychologie*, Vol. 18. Descargado el 25 de Enero de 2010 de: http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html
- MAYNTZ, R.; HOLM, K. Y HÜBNER, P. (1975) "El análisis de contenido" en: *Introducción a los métodos de la sociología empírica* (pp.197-218), Madrid: Alianza Editorial.
- MERLEAU-PONTY, M. (1975). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península
- MORIN, E. (1970). *L' homme et la mort*. París: Éditions du Seuil.
- NEUGARTEN, B. L. (1968). *Middle age and aging. A reader in social psychology*. Chicago: University of Chicago Press.
- OLVERA SERRANO, M. Y SABIDO RAMOS, O. (2007). "Un marco de análisis sociológico de los miedos modernos: vejez, enfermedad y muerte"; en: *Revista Sociológica* Vol. 22 Nº 64, pp. 119-149
- ORTONY, A; CLORE, G. Y COLLINS, A. (1996). *La estructura cognitiva de las emociones*. Madrid: SIGLO XXI.
- PIAGET, J. (1977). *Seis estudios de Psicología*. Barcelona: Barral.
- RICE C., LÖCKENHOFF C. Y CARSTENSEN L. (2002). "En busca de independencia y productividad: cómo influyen las culturas occidentales en las explicaciones individuales y científicas del envejecimiento" en *Revista Latinoamericana de Psicología*, Vol. 34 Nº 1 pp. 133-154
- RIEGEL, K.F. (1976). "The dialectics of human development"; in: *American Psychologist*, Vol.31, pp. 689-699
- ROSALDO, M. (1980). *Knowledge and Passion: Ilongot Notions of Self and Social Life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1984). "Toward an Anthropology of self an feeling"; In Shweder, R y Levine, R. (Eds.) *Culture Theory: Essays on mind, self an emotion* (pp. 137-57). Cambridge: Cambridge University Press.

- RYBASH, J. M., HOYER W.J. Y ROODIN, P.A. (1986). *Adult cognition and aging developmental changes in processing, knowing and thinking*. New York: NY Pergamon.
- SAURÍ, A. (1991). "¡Vida es vida hasta el último instante!"; en: Knopoff, R. y Oddone, M. J. (Comp.) *Dimensiones de la vejez en la sociedad argentina* (pp. 109-122), Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- SIERRA J. C.; ORTEGA V. Y ZUBEIDAT I. (2003). "Ansiedad, angustia y estrés: tres conceptos a diferenciar" en: *Revista Mal –Estar e Subjetividade / Fortaleza*; Vol.3 N° 1, pp. 10 - 59
- SINNOTT, J. D. (1996). "The developmental approach: postformal thought as adaptative intelligence"; in F. Blanchard-Fields y T. Hess (Eds.), *Perspectives on cognitive change in adulthood and aging* (pp 358-383). New York: McGraw- Hill.
- SOARES A. (2003). "Les émotions dans le travail" dans, *Travailler* Vol. 1, N° 9, pp. 9-18
- SURRALLÉS, A. (2005). "Afectividad y Epistemología de las ciencias humanas" en: AIRB *Revista de antropología Iberoamericana*, número especial; pp. 1-16
- THOMAE, H. (1974). "Patterns of successfull aging". In H. Thomae (Ed.) *Patterns of aging Findings from bonn longitudinal study of aging*, (pp. 147-161). Basel, Switzerland: Karger.
- THOMAS, L. V. (1991). *La Muerte: una lectura cultural*. Barcelona: Paidós.
- TURNER, J. H. (2000). *On The Origins of Human Emotions. A Sociological Enquiry Into The Evolution of Human Affect*. California: Stanford University Press.
- VASILACHIS DE GIALDINO, I. (1992). *Métodos Cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____ (2007). "La investigación cualitativa" en, Vasilachis de Gialdino I. (Coord.) *Estrategias cualitativas de investigación* (pp. 23-64). Buenos Aires: Gedisa.
- VEGA J. L. Y BUENO B. (1996). *Desarrollo adulto y envejecimiento. Psicología Evolutiva y de la Educación*. Madrid: Síntesis.
- VIGOTSKY, L. (1991). *Obras Escogidas I*. España: Visoicor.
- _____ (2004). *Teoría de las emociones*. Madrid: Akal.
- WEBER, M. (2003:1920). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Fondo de Cultura económica.
- WIERZBICKA, A. (1988). "L'amour, la colère, la joie, l'ennui. La sémantique des émotions dans une perspective transculturelle", en: *Langages*, Vol. 23, N° 89, pp. 97–107

Notas

¹ Freud, en 1924 sostenía que este complejo pertenece tanto al orden ontogenético como filogenético del ser humano: "El complejo de Edipo va designándose cada vez más claramente como el fenómeno central del temprano período sexual infantil. Luego ocurre la disolución. Sucumbe a la represión y es seguido del período de latencia. Pero no hemos visto aún claramente cuáles son las causas que provocan su fin. El análisis parece atribuirlo a las decepciones dolorosas sufridas por el sujeto. La niña que se cree objeto preferente del amor de su padre, recibe un día una dura corrección por parte de éste y se ve expulsada de su feliz paraíso. El niño que considera a su madre como propiedad exclusiva, suya, la ve orientar de repente su cariño y sus cuidados hacia un nuevo hermanito."

² Bourdieu lo define como "Estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción de las prácticas [...] es también estructura estructurada: el principio del mundo social es a su vez producto de la incorporación de la división de clases sociales. [...] Sistema de esquemas generadores de prácticas que expresa de forma sistémica la necesidad y las libertades inherentes a la condición de clase y la diferencia constitutiva de la posición, el habitus aprehende las diferencias de condición, que retiene bajo la forma de diferencias entre unas prácticas enclasadadas y enclasantes (como productos del habitus), según unos principios de diferenciación que, al ser a su vez producto de estas diferencias, son objetivamente atribuidos a éstas y tienden por consiguiente a percibir las como naturales" (1988: 170-171). "Producto de la historia, el habitus produce prácticas [...] conformes a los esquemas engendrados por la historia; asegura la presencia activa de las experiencias pasadas que, depositadas en cada organismo bajo la forma de esquemas de percepción, de pensamiento y de acción, tienden, de forma más segura que todas las reglas formales y todas las normas explícitas, a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia en el tiempo." (Bourdieu, 1998: 91)

³ Lo que caracteriza al tipo de pensamiento post-formal es que rompe con la idea piagetiana de que el desarrollo cognoscitivo finaliza al llegar a la adultez. No se busca un equilibrio, sino poder moverse entre las contradicciones. De este modo, existirían nuevas formas de organizar el pensamiento adulto lo que implicaría un cambio cualitativo (Vega y Bueno, 1996). Algunos de los nombres de este tipo de pensamiento es el llamado post-formal o pensamiento dialéctico en el sentido de que funciona con la confrontación de alternativas, (Riegel, 1976). El pensamiento adulto supone entonces, enfrentarse de forma constante con el cambio y la contradicción, lo que se destaca es la posibilidad de integrar aspectos contradictorios junto con la posibilidad de relativizar; Véase (Sinnot, 1996; Rybash, Hoyer y Roodin, 1986).

⁴ En relación al estudio de los estereotipos en la vejez, Véase Levy, B. R. y Banaji, M. R (2004), "Implicit ageism" in: Nelson, T. D. (Ed) *Ageism: Stereotyping and prejudice against older persons* (pp. 49-76), Massachusetts: The Mit Press.